

Caitlin Andrews-Lee, *The Emergence and Revival of Charismatic Movements: Argentine Peronism and Venezuelan Chavismo*, Nueva York, Cambridge University Press, 2021, 252 pp.

Por Santiago Anria*

Al igual que los líderes carismáticos, los científicos sociales a menudo prosperan identificando y desafiando a enemigos dignos. En su nuevo y magistral libro, *The Emergence and Revival of Charismatic Movements*, Caitlin Andrews-Lee construye sobre los hombros de gigantes, incluido el sociólogo y economista político alemán Max Weber y muchos de sus seguidores. Sólo un puñado de afirmaciones en las ciencias sociales tienen tanta autoridad e influencia como la teoría del carisma de Weber como para suscitar un debate académico sostenido. El argumento de Weber, que ya tiene más de cien años, de que los movimientos carismáticos se disipan o sobreviven de manera altamente institucionalizada después de la desaparición física del líder, del fundador, ha moldeado profundamente el pensamiento académico sobre la evolución de los movimientos carismáticos y el desarrollo organizativo de los partidos políticos que a veces engendran. *The Emergence and Revival of Charismatic Movements* de Andrews-Lee plantea un desafío serio y reflexivo a la tesis de la rutinización del carisma de Weber. Sostiene de manera convincente que el peronismo argentino y el chavismo venezolano —dos ejemplos paradigmáticos de movimientos carismáticos que se desarrollaron en diferentes periodos y contextos estructurales— no sólo lograron sobrevivir en ausencia de sus fundadores, lo cual es, en sí mismo, desconcertante, sino que lo han hecho preservando su forma personalista.

Si bien los movimientos carismáticos parecen estar en aumento en la política contemporánea en todo el mundo, su surgimiento a menudo se considera un desarrollo anómalo: una interrupción a corto plazo de la política rutinaria. A fin de cuentas, los líderes carismáticos son mortales. Y, sin embargo, a menudo se teoriza su presencia física como una condición necesaria para la supervivencia de los movimientos que encontraron. Una vez que el líder desaparece de la escena —a menudo, pero no siempre, como producto de su muerte—, las fuerzas de la rutina y la inercia debilitan los vínculos afectivos entre líderes y seguidores, y el movimiento muere poco después. Aunque pueden ser muy disruptivos, los movimientos carismáticos no duran mucho.

Andrews-Lee se aparta tajantemente de esta sabiduría establecida y, al hacerlo, lanza un desafío frontal a un cuerpo académico enormemente influyente, un resul-

* Santiago Anria es profesor asistente en la Escuela de Relaciones Industriales y Laborales de la Universidad de Cornell. ILR School 294 Ives Hall, Ithaca, 14853. Tel: 866-470-1922. Correo-e: sja89@cornell.edu. ORCID: 000-0002-3414-6927.

Recibido el 2 de diciembre de 2023 y aceptado para su publicación el 15 de diciembre de 2023.

tado que logra de una manera que es a la vez teóricamente creativa y empíricamente convincente. A partir de una impresionante batería de datos cualitativos y cuantitativos que incluyen grupos focales, experimentos de encuestas, entrevistas con actores clave y un cuidadoso seguimiento de procesos, su contribución clave es mostrar que el ciclo evolutivo de los movimientos carismáticos propuesto por la sociología weberiana no es inevitable ni está predeterminado. En lugar de sucumbir a las fuerzas de la rutina y de desmoronarse tras la partida de los líderes fundadores, algunos movimientos carismáticos poderosos se “zombizan” (mi término, a falta de uno mejor) y se convierten en fuerzas latentes que pueden ser reactivadas por nuevos líderes en el futuro. En lugar de seguir un camino unilineal, la trayectoria de los movimientos carismáticos se describe mejor como “espasmódica” o volátil.

Gran parte de la sabiduría convencional supone que los vínculos carismáticos —a menudo nacidos en periodos de crisis severas o cambios sociales profundos— son generalmente de carácter intenso pero superficiales y de corta duración. Por el contrario, Andrews-Lee muestra cómo los fuertes vínculos afectivos que los líderes carismáticos forjan con sus seguidores en la etapa fundacional tienen un papel clave en la supervivencia y la resurrección puntuada del movimiento. Los líderes que ejercen una autoridad carismática (aquellos que no sólo tienen atributos carismáticos sino que también *despliegan* carisma) a menudo producen mitos fundacionales o narrativas de salvación que crean una identidad social resiliente para los votantes. Esta forma de apego a menudo puede adquirir un carácter casi religioso. Puede transmitirse y reproducirse de generación en generación y crear una sensación de nostalgia por los “buenos viejos tiempos”, una fuerza poderosa que puede dominar las relaciones rutinarias y activarse y politizarse políticamente en determinadas circunstancias, provocando el resurgimiento del movimiento.

La resurrección del movimiento, sostiene Andrews-Lee, no está exenta de desafíos y, de hecho, muy pocos lo logran. Esto se debe a que resucitar los vínculos carismáticos requiere una combinación inusual y exigente de condiciones ambientales (como la presencia de una crisis amplia que crea la demanda de un líder con cualidades mágicas) y una fuerte dosis de agencia por parte de líderes talentosos. Para tener éxito, los líderes que aspiran a resucitar el movimiento carismático deben ser capaces de elaborar una narrativa que vincule al líder sucesor con el mito de salvación producido por el fundador; esa narrativa debe establecer una continuidad creíble del linaje carismático pero pasar por alto los fracasos políticos de los líderes anteriores. Los líderes sucesores también tienen más probabilidades de tener éxito en la resurrección si logran, en un momento de crisis grave, importantes beneficios simbólicos y políticos para sus seguidores. En la medida en que sean capaces de obtener rápidamente resultados impresionantes en el cargo y beneficios concretos para sus seguidores, los sucesores tienen mayores posibilidades de reactivar los

vínculos afectivos. Cumplir estas condiciones suele ser más difícil para los sucesores ungidos (elegidos cuidadosamente) que para los surgidos por iniciativa propia (emprendedores). Pero incluso estos últimos tienen que escalar una colina empinada; las condiciones estructurales deben ser las adecuadas y deben tener habilidades, talento y ambición impresionantes. Sólo unos pocos lo logran.

Sin embargo, si tienen éxito o no en el avivamiento es sólo una parte de la historia. Una vez que surge un movimiento carismático poderoso en un momento dado, sus efectos en la política nacional son duraderos. Sentaron un fuerte precedente. Si bien los movimientos carismáticos pueden surgir en contextos que carecen de un precedente histórico (y, por lo tanto, el surgimiento temprano no es una condición necesaria para el surgimiento de nuevos movimientos carismáticos en el futuro), el surgimiento de uno hace más probable que sus sucesores intenten revivirlo. Son recursos políticos tentadores. Las implicaciones son deprimentes para la política actual, en especial si aceptamos que al infundir a los sistemas de partidos rasgos de personalidad “pegajosos” obstaculizan el desarrollo de otras formas de vínculos e impiden la formación de sistemas de partidos programáticos que pueden, a su vez, afectar la calidad de la democracia. Andrews-Lee tiene cuidado de no descartar la importancia relativa de otras formas de vinculación, sobre todo en la *formación* temprana de movimientos carismáticos, pero sigo teniendo curiosidad sobre el tipo de papel que desempeñan en la *preservación* del carácter del movimiento a lo largo del tiempo. ¿Puede la supervivencia del movimiento ocurrir de manera segmentada, con vínculos carismáticos desempeñando un papel en algunos segmentos de la base del movimiento y vínculos organizativos y programáticos haciendo el trabajo pesado en otros? La posibilidad de combinar vínculos carismáticos con vínculos programáticos podría ser importante, incluso si el movimiento es ideológicamente flexible. ¿Pueden los movimientos sobrevivir como híbridos, en lugar de tener un carácter puramente personalista?

A un lector como yo, más arraigado en la sociología política que en los enfoques de la psicología política, también le gustaría saber un poco más sobre la génesis de los movimientos carismáticos y hasta qué punto importan los diferentes vínculos organizacionales. Algunos movimientos carismáticos surgen claramente de arriba hacia abajo y tienen poca base social, pero otros, como el MAS boliviano que estudio, surgen como expresiones orgánicas de movimientos sociales bien organizados. Si bien el chavismo tiene un carácter claramente vertical, el peronismo históricamente ha combinado un liderazgo vertical y fuertes vínculos con actores organizados. Las conexiones con los sindicatos, por ejemplo, han dejado una marca indeleble en el peronismo y han demostrado ser notablemente resistentes a lo largo del tiempo. ¿Hasta qué punto estas diferencias genéticas y la variación en el arraigo social son importantes para la supervivencia? ¿Condicionan de alguna manera *cómo* se produce la supervivencia en todos los casos?

Del mismo modo, si bien Andrews-Lee defiende con firmeza que los vínculos carismáticos, programáticos y organizacionales pueden separarse claramente y tratarse como distintos desde el punto de vista analítico, me pregunto si no existen superposiciones significativas que justifiquen más investigación y teorización. Por ejemplo, el libro afirma que no hay continuidad ideológica en la trayectoria espasmódica de los dos casos principales. Tomemos como ejemplo al peronismo. De hecho, ha sido descrito de manera amplia como ideológicamente flexible, y líderes de derecha, centro e izquierda han reclamado la conducción del movimiento. Sin embargo, casi ningún peronista puede resucitar el mito fundacional y sostener un proyecto político viable sin establecer un vínculo con los principios centrales peronistas de justicia social, soberanía política e independencia económica. Ignorarlas les puede resultar políticamente costoso frente a los votantes y las bases organizadas del partido. La trayectoria de Menem de señuelo y engaño es un ejemplo de ello. El abandono del nacionalismo económico debilitó su capacidad para mantener vínculos afectivos y erosionó sus bases de apoyo en el trabajo organizado.

Dada la centralidad de los adversarios y enemigos para impulsar la autoridad de los líderes carismáticos ante los ojos de sus seguidores y solidificar su mito de salvación, también sería importante saber más sobre el papel de los oponentes —los “antis”— no sólo en la construcción de mitos fundadores sino en reproducirlos en el tiempo. Los movimientos carismáticos son muy polarizadores; tienen propiedades dialécticas y normalmente provocan una fuerte oposición. Si los vínculos carismáticos son perniciosos para el desarrollo de las organizaciones partidistas que podrían surgir de esos movimientos, ¿qué papel desempeñan para sus antagonistas? ¿Engendran personalismo en el otro lado o pueden ayudar a cimentar fuertes identidades “anti” que puedan servir como trampolín para la construcción exitosa del partido? Planteo estas preguntas no porque tenga objeciones a la teoría de Andrews-Lee, sino porque me interesaría saber más sobre las condiciones que pueden ayudar a romper con el ciclo de autorrefuerzo de los movimientos carismáticos. En otras palabras, ¿cuál es una probable teoría del cambio?

Creo que esta pregunta es especialmente apremiante hoy no sólo en Argentina y Venezuela, sino en países tan diferentes como Estados Unidos y Brasil que recientemente experimentaron el surgimiento y ascenso a la prominencia de movimientos carismáticos. Si la creación de estos movimientos hace más probables los ciclos volátiles de liderazgo personalista y carismático, ¿qué puede detenerlos? Si el carisma puede trastocar las fuerzas de la rutina, ¿qué puede trastocar las fuerzas del carisma? Si no es posible detenerlos en contextos como Estados Unidos y Brasil, ¿sobrevivirán en forma personalista o sucumbirán a la rutinización? *The Emergence and Revival of Charismatic Movements* podría sugerir lo primero, pero otra alternativa es que sobrevivan como un partido “basado en movimientos”. Si bien Andrews-Lee nos invita a prestar atención a los vínculos afectivos para comprender la longe-

vidad del movimiento y es un clásico instantáneo y de lectura obligada, la investigación sobre las relaciones entre movimiento y partido puede ofrecer un complemento prometedor. Tengo curiosidad por saber si está de acuerdo y cómo podríamos imaginar esa integración. **Pg**